Chascón contra Tarrán

Chascón
Revista infantil
Nº 19
Año 1
4D
CTVS

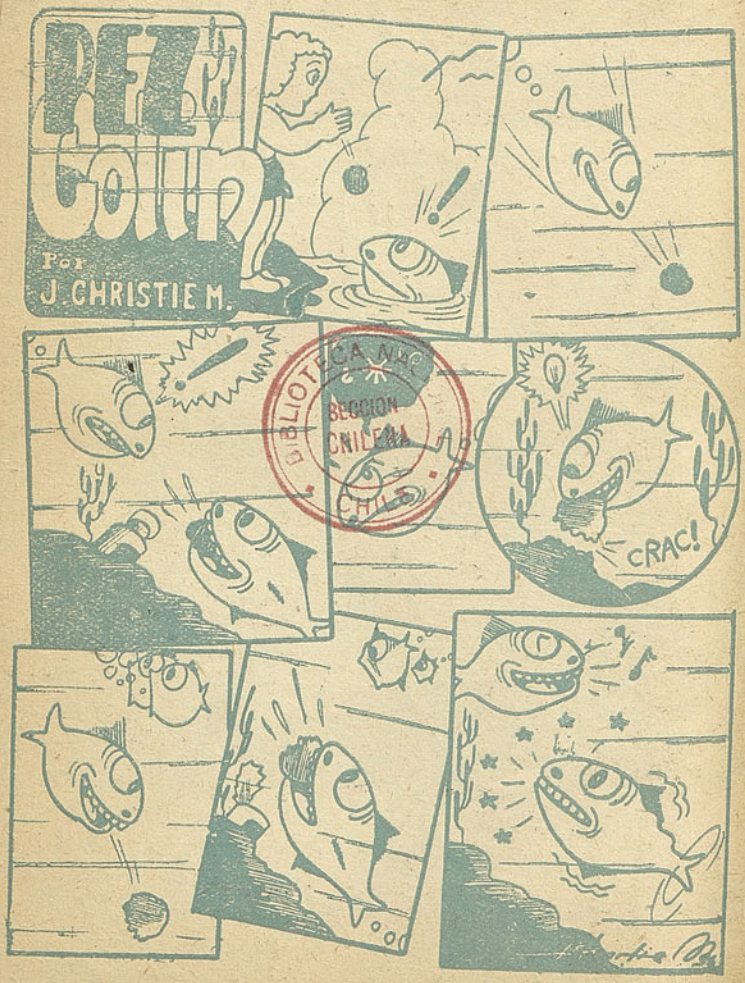
CHASCON

AÑO I — Nº 19

Setiembre 2 de 1936

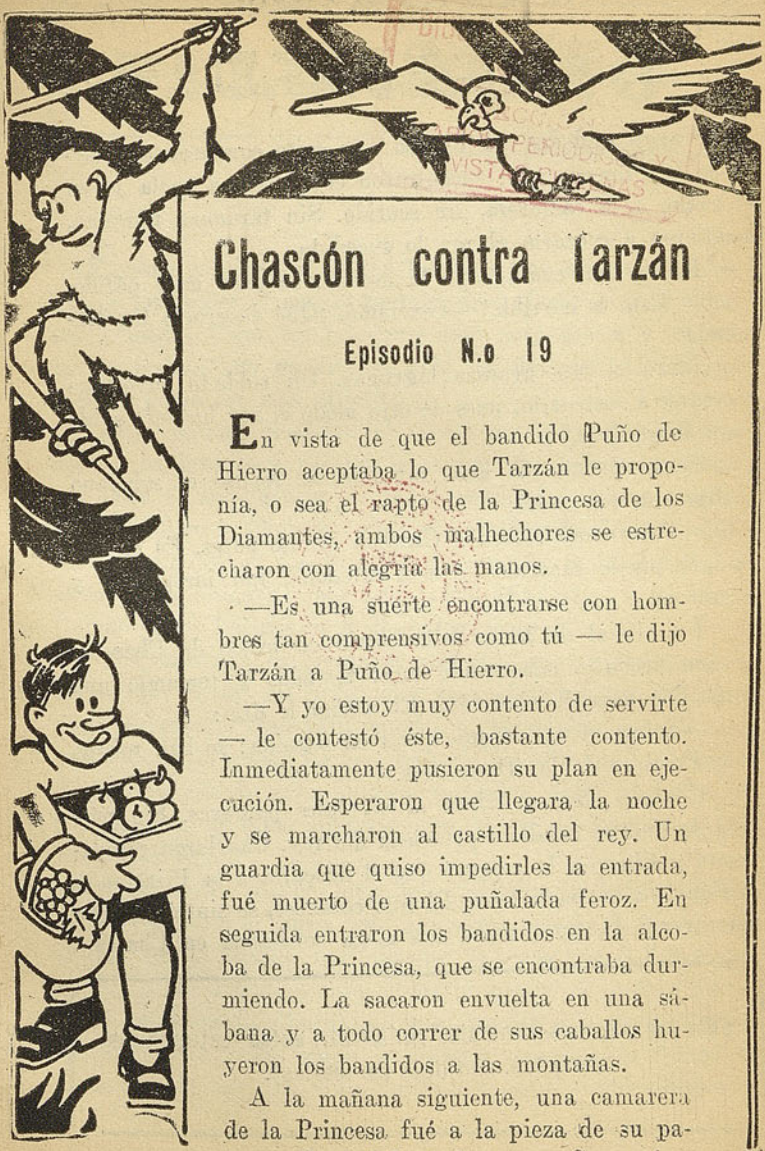
Redacción y Administración: Agustinas 1639. —Casilla 2787

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



BIBLIOTECA NAC. SECCION CHILENA CHILE

El pez Colin, como de costumbre, sigue haciendo de las suyas.



Chascón contra Tarzán

Episodio N.o 19

En vista de que el bandido Puño de Hierro aceptaba lo que Tarzán le proponía, o sea el rapto de la Princesa de los Diamantes, ambos malhechores se estrecharon con alegría las manos.

—Es una suerte encontrarse con hombres tan comprensivos como tú — le dijo Tarzán a Puño de Hierro.

—Y yo estoy muy contento de servirte — le contestó éste, bastante contento. Inmediatamente pusieron su plan en ejecución. Esperaron que llegara la noche y se marcharon al castillo del rey. Un guardia que quiso impedirles la entrada, fué muerto de una puñalada feroz. En seguida entraron los bandidos en la alcoba de la Princesa, que se encontraba durmiendo. La sacaron envuelta en una sábana y a todo correr de sus caballos huyeron los bandidos a las montañas.

A la mañana siguiente, una camarera de la Princesa fué a la pieza de su patrona, llevándole el desayuno. Como viera

que la cama estaba vacía, dió un terrible grito:

—¡Dios mío! ¡Se han robado a la Princesa de los Diamantes!

Varios soldados que oyeron este grito corrieron al cuarto de la Princesa y se encontraron con la cama vacía y, en el suelo, a la camarera, sin sentido. Sin tardanza ninguna, acudieron a contarle al rey lo sucedido.

El rey, en cuanto oyó la noticia, se puso muy pálido.

—¡Esto es horrible! — exclamó. ¡Qué desgracia tan tremenda!

Lloró el rey gruesas lágrimas. Un soldado tuvo que acercarse a sostenerlo, pues de otro modo el rey hubiera caído cuan largo era.

Pero, al cabo de unos minutos, se repuso el soberano y dijo con voz triste:

—Por favor, llamen a Chascón cuanto antes. Es el único que puede sacarme de esta situación tan inesperada y espantosa.

Un oficial de la guardia corrió en busca de Chascón, al que encontró saboreando unas tostadas y tomando una magnífica taza de chocolate. El oficial le dijo:

—Señor, el rey le quiere ver en seguida: se han robado a la Princesa de los Diamantes.

Chascón dió un brinco al oír tales palabras. Sin pérdida de tiempo acudió a presencia del rey. Charlaron rápidamente y Chascón le aseguró que él buscaría a la Princesa y castigaría a los bandoleros. El rey, entonces, se sintió un poco más tranquilo, pues tenía una ciega confianza en Chascón.

(En las páginas centrales continúan estas estupendas hazañas. No deje de leerlas).

PULGARCITO

Eranse un leñador y una leñadora que tenían siete hijos, de los cuales el mayor contaba diez años y el más chico seis y medio. Como los leñadores eran muy pobres y los hijos no podían aún ganarse la vida, la situación de los padres no podía ser más aflictiva.

Para mayor desdicha, el menor era muy delicadito y apenas hablaba una palabra, cosa que sus padres tomaban por falta de inteligencia y que, en realidad, sólo era prueba de su carácter bondadoso y observador. Cuando el pobre niño vino al mundo, era tan pequeño que apenas tenía el tamaño de un dedo pulgar, y por esta razón empezaron a llamarle Pulgarcito, y Pulgarcito le llamaron siempre.

Sin embargo, su precoz inteligencia era infinitamente mayor que la de sus hermanos; pues si Pulgarcito hablaba poco, en cambio observaba mucho, y ya se sabe que la observación es la madre de la sabiduría. Sucedió que, habiendo llegado un año de gran miseria, fué tal la falta de recursos y el hambre de estas pobres gentes, que resolvieron abandonar a sus hijos.

Una noche, después que los muchachos se habían acostado, el leñador se quedó con su mujer cerca de la lumbre y le dijo, con el corazón oprimido por la pena que le causaba: —"Mi pobre María, es muy triste lo que he de decirte, pero como no podemos alimentar a nuestros hijos y yo no tengo entrañas para verlos morir de hambre, he resuelto llevarlos mañana a lo más espeso del bosque, y cuando estén más en-

tretenidos, abandonarlos allí a su desgraciada suerte.

—¡Hereje! — respondió la mujer—. ¿Serías capaz de hacer eso con tus hijos?

En vano el marido hablaba de su terrible miseria; la infeliz era pobre, pero era madre y no podía separarse de aquellos pedazos de su alma. Sin embargo, la fuerza de las razones de su marido y el inmenso dolor con que ella habría de verlos morir de hambre entre sus brazos la obligaron a consentir al fin, y se fué a acostar hecha una Magdalena.

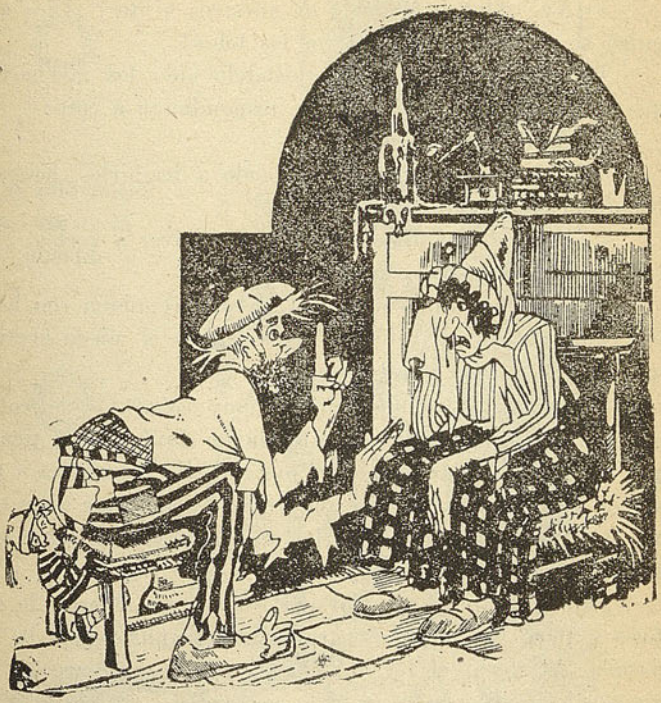
Pulgarcito escuchó desde la cama toda la conversación: el pobrecito se levantó y fué de puntillas a esconderse bajo el banquillo de su padre, desde cuyo sitio no perdió ni una palabra. Cuando los leñadores terminaron su trágico diálogo, volvió a acostarse pensando en lo que había de hacer, y a la mañana siguiente se levantó al rayar el día, fué a la orilla de un arroyo y se llenó los bolsillos de piedrecitas. Después se reunió con sus hermanos y no dijo nada de lo que había oído. Llegó la hora de ir al bosque y padres e hijos se internaron en un sitio muy espeso. El leñador empezó a cortar leña y los muchachos recogieron ramas secas para formar haces. Viéndolos sus padres ocupados en esta tarea, se alejaron con rapidez de ellos derramando abundantes lágrimas. Cuando los chicos se encontraron solos, se pusieron a llorar llamando a sus padres a grandes voces.

Pulgarcito, que había hecho un reguero de piedrecitas blancas a lo largo del camino, les dejó llorar un momento y luego les dijo:

—No tengáis miedo, que si padre y madre nos han dejado aquí solos, yo sé el camino y os llevaré a casa: ¡Venid detrás de mí!

Pulgarcito echó a andar delante de sus hermanos, y, guiándose por las piedrecitas, volvió por el mismo camino que los había llevado al bosque.

Llegaron todos a casa, pero, no atreviéndose a entrar, se aproximaron a la puerta para escuchar lo que decían sus padres.



Pulgarcito fué a esconderse bajo el banquillo de su padre.

En estos precisos momentos, un criado del señor de la aldea entregó a los leñadores diez escudos de oro que ellos no esperaban cobrar tan pronto.

Este providencial socorro dió la vida a los infelices, próximos a morir de hambre.

La mujer del leñador salió en busca de pan y carne, y

como no habían comido nada desde la víspera, hizo abundantes provisiones.

Cuando estuvieron satisfechos, dijo la mujer:

—¡Ay! ¿Qué habrá sido de nuestros hijitos? ¡Dios mío, quizá se los habrán comido ya los lobos!

Tan alto lo dijo, que, habiéndolo oído los muchachos, que estaban detrás de la puerta, respondieron a coro:

—¡Aquí estamos, madre!

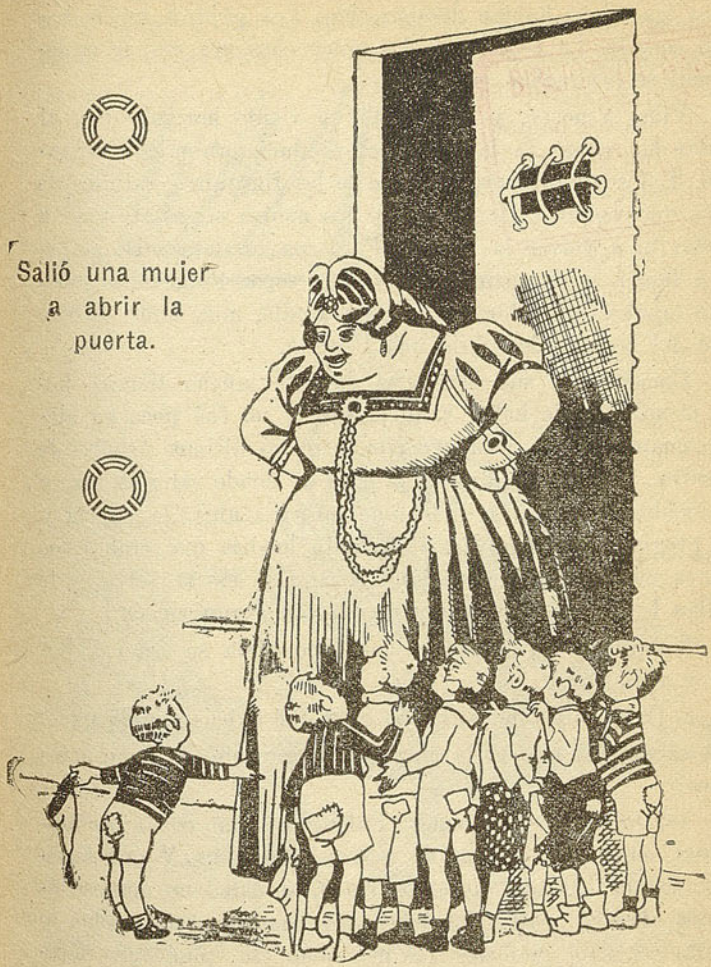
La pobre leñadora salió corriendo a recibirlos, besándolos apasionadamente:

—¡Hijos de mi alma, ya no creía volver a verlos! ¿Estáis cansados? ¿tenéis hambre?

En seguida, sentáronse a la mesa y comieron con hambre canina, mientras referían a sus padres el miedo horrible que habían pasado en el bosque.

Los pobres leñadores estaban muy contentos de volver a ver a sus hijos; pero esta alegría no duró sino el tiempo que duraron los diez escudos. Pronto volvió la miseria a reinar en la casa, y decidieron nuevamente abandonar a los muchachos, conviniendo en llevarlos más lejos y a un lugar más apartado del bosque.

Pero Pulgarcito que dormía con un ojo abierto, lo oyó todo y tomó sus medidas para salir del apuro como la vez pasada. Al efecto, se levantó muy temprano para recoger algunas piedrecitas; pero no pudo conseguirlo, porque la puerta de la casa estaba cerrada con llave. El pobre no sabía qué hacer, cuando su madre dió a cada uno un pedazo de pan, a fin de que se desayunasen. Entonces pensó que el pan, reduciéndolo a migas, podría prestarle el mismo servicio que las piedrecitas blancas, y, en vez de comérselo como sus hermanos, se lo guardó cuidadosamente en el bolsillo. Sus padres los condujeron a lo más espeso del bosque, y en seguida los dejaron solos. Pulgarcito no se preocupó por tan poca



Salió una mujer a abrir la puerta.

cosa, porque esperaba encontrar el camino como la vez primera, gracias a las migas de pan que había sembrado al paso, pero ¡cuál no sería el asombro del pobre al notar que

todas las migas habían desaparecido! Los pájaros se las habían comido. La tristeza de los muchachos era mayor cuanto más se internaban en el bosque.

Vino la noche, y se levantó un viento horrible que, al azotar las ramas de la selva, les producía un miedo espantoso. Todos los rumores que oían se les figuraban aullidos de lobos que venían a devorarlos, y los pobres no se atrevían a hablar ni a volver la cabeza. Para mayor desgracia, empezó a llover, y se pusieron como una sopa. Pulgarcito subió a un árbol para explorar el terreno, y allá, muy lejos, al otro lado del bosque, descubrió una lucecita.

Caminó con sus hermanos durante mucho tiempo hacia el sitio donde había visto la luz, y no fué poca su alegría cuando la vió de nuevo por entre los últimos árboles de la selva. Por fin, llegaron a la casa de donde salía la luz, y se decidieron a llamar. Salió una mujer a abrir la puerta y les preguntó qué querían. Pulgarcito le dijo que eran unos pobres muchachos que se habían perdido en la selva y le pedían les dejase dormir por caridad en algún rincón.

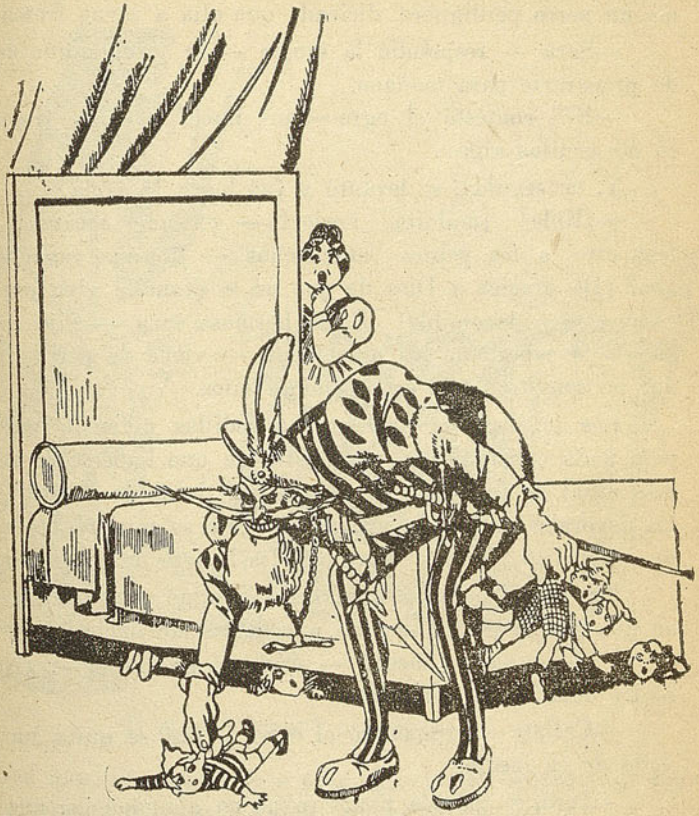
Viéndolos tan hermosos, la desconocida se echó a llorar y exclamó:

—¡Ay! ¡hijos de mi alma! ¿por qué habéis venido aquí? ¿No sabéis que esta es la casa de un ogro que se come a los niños?

—¡Dios mío — respondió Pulgarcito, que, como sus hermanos, empezó a temblar de pies a cabeza—. ¿Y qué haremos, señora? Si nos quedamos fuera, si usted no nos esconde en alguna parte, los lobos nos comerán esta noche, y siendo así, más queremos que nos coma ese señor ogro. Quizá tendrá lástima de nosotros, si usted se lo suplica.

La mujer del ogro, que era buena y compasiva, creyendo que podría ocultarlos hasta la mañana siguiente, les dejó entrar y los condujo a la cocina, donde ardía una magnífica

lumbre preparada para asar un enorme carnero, que era la cena del ogro. Cuando apenas habían empezado a calentarse, llamaron tres veces a la puerta. Era el marido. La pobre



Sacó a los pobres muchachos de donde estaban escondido

mujer los escondió entonces debajo de la cama y fué a abrir. El ogro entró preguntando si estaba lista la cena y si había traído el vino, y en seguida se sentó a la mesa. El car-

nero estaba todavía sangriento y a medio asar; pero no por eso dejó de parecerle exquisito.

Mientras cenaba, movía la nariz a uno y otro lado, como un perro perdiguero. diciendo que olía a carne fresca.

—Será — respondió la mujer — la ternera que acabó de prepararte para mañana.

—No—contestó el ogro—aquí huele a carne fresca y tú me ocultas algo...

Y, en seguida, se levantó y fué hacia la cama.

—¡Hola! ¡maldita mujer! — exclamó sacando, uno tras otro, a los pobres muchachos — querías engañarme, ¿he? ¡Da gracias a Dios de que no te desuelle viva por ser ya una vieja incomible! Esta hermosa caza — dijo acariciando la cabeza de los muchachos — viene de perilla para dar un convite a tres ogros amigos míos.

Los infelices se pusieron de rodillas pidiendo perdón; pero nada consiguieron, porque tenían que habérselas con el más cruel de todos los ogros, el cual, lejos de enternecerse, los devoraba ya con la vista y decía a su mujer que serían un magnífico plato, siempre que les hiciese una buena salsa.

En seguida, fué a buscar un enorme cuchillo, lo afiló en una piedra y echó mano a uno de los muchachos.

—¿Qué vas a hacer? — exclamó su mujer—. ¿No es mejor dejarlos para mañana?

—Cállate — respondió el ogro — así se quita un cuidado de en medio.

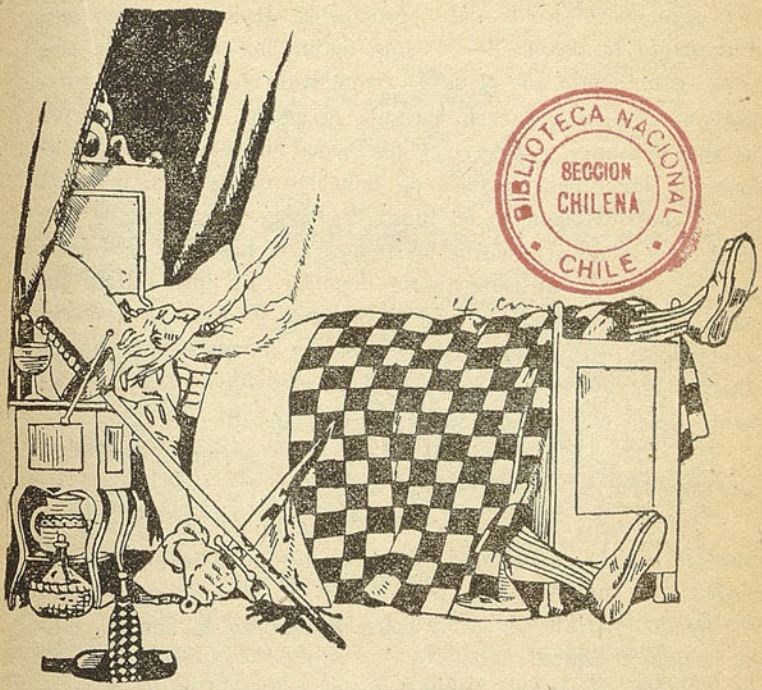
—Pero, si todavía tienes carne en abundancia: una ternera, dos carneros, medio cerdo... ¿no ves que va a perderse todo?

—Tienes razón — repuso el ogro—: dales bien de comer para que no se pongan flacos, y acuéstalos.

La buena mujer estaba loca de contenta y les preparó

una buena cena; pero era tal el miedo que tenían los pobres, que no probaron bocado.

Mientras tanto, el ogro se frotaba las manos de alegría



El ogro comenzó a roncar....

por el exquisito regalo que preparaba a sus amigos y se fué a acostar saboreando mentalmente su futuro festín.

El ogro tenía siete hijas todavía niñas, siete ogritas acostumbradas a comer carne fresca como su padre, por lo cual su cutis era sonrosado y reluciente como la piel de una manzana.

Aquella noche las habían acostado temprano, y todas

ellas estaban durmiendo en una gran cama, ostentando cada una en la cabeza una corona de oro. En el mismo cuarto había otra cama de igual tamaño, y allí fué dónde la mujer del ogro acostó a los siete hermanitos. Habiendo observado Pulgarcito la corona de oro que tenían las niñas en la cabeza, y temiendo que el ogro, arrepentido de no haberlos degollado, viniese a hacerlo durante la noche, cogió los gorros de sus hermanos y el suyo, y los colocó suavemente en la cabeza de las niñas, después de haberles quitado las coronas y de habérselas puesto en lugar de los gorros, a fin de que si el ogro venía a obscuras los tomase por sus hijas y a éstas por los niños a quienes quería degollar. Lo que Pulgarcito había previsto sucedió al pie de la letra. El ogro se despertó a las doce de la noche, y, acordándose de que no es bueno dejar para mañana lo que puede hacerse *hoy mismo*, se levantó de la cama y tomando su gran cuchillo:

—Vamos a ver — dijo — si estos granujas tienen el pescuezo tierno.

Dicho esto, subió a tientas al cuarto de sus hijas y se aproximó a la cama donde dormían los muchachos, excepto Pulgarcito, que no había pegado un ojo y que experimentó un miedo horrible al sentir sobre su cabeza la enorme mano de aquel caníbal!

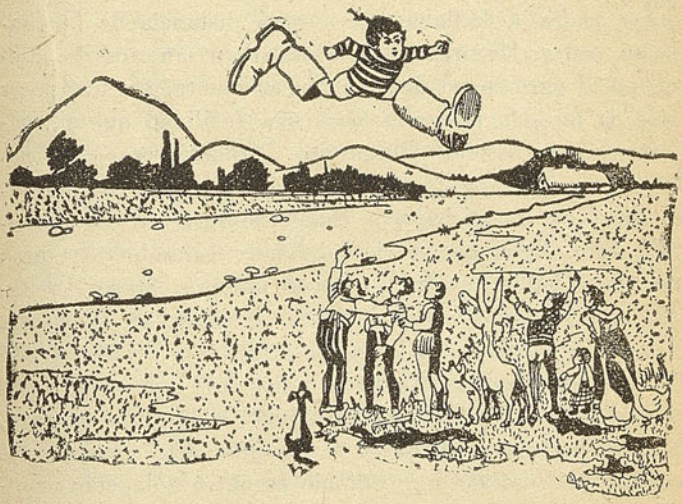
—¡Pues buena la iba a hacer! — dijo el ogro al tocar las coronas de oro—. Vamos, se conoce que he bebido más de lo acostumbrado.

En seguida, se dirigió hacia la cama de sus hijas, y palpando los gorros de los muchachos:

—¡Aquí están estos pillos! — exclamó—. Y, blandiendo el cuchillo, degolló, una tras otra, a sus siete hijas. Después, y tan tranquilo como si hubiera matado siete pulgas, volvió a acostarse.

En cuanto Pulgarcito sintió roncar al ogro, despertó a

sus hermanos, y, con toda clase de precauciones, bajaron a la huerta y saltaron por encima de la tapia. Los pobres niños anduvieron errantes todo el resto de la noche y casi estuvieron a punto de morir de miedo.



Se fué volando...

Cuando se despertó el ogro, dijo a su mujer: — Mira, ve allá arriba y arregla a esos granujas de anoche...

Admiróse la ogra de la bondad de su marido, y, no comprendiendo lo que significaba la palabra "arreglo", creyó que le mandaba que los vistiese. Pero, ¡cuál no fué su asombro cuando, al entrar en el cuarto, distinguió a sus siete hijas decapitadas y bañadas en un mar de sangre! A la vista de este horrible espectáculo, la pobre mujer se desmayó. Viendo el ogro que su mujer empleaba mucho tiempo en el "arreglo" que le había ordenado, subió para ayudarla; pero, ¡cuál no sería su sorpresa al ver la equivocación que había cometido!

—¿Qué es lo que he hecho? — exclamó, lleno de rabia—. ¡Ah! esos infames me la van a pagar ahora mismo!

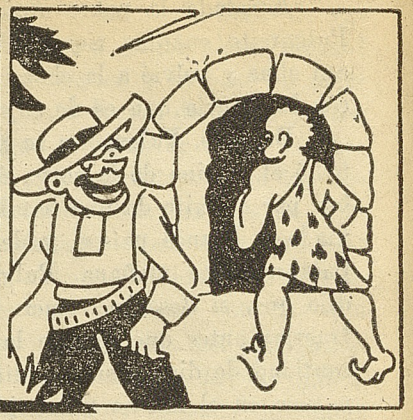
Y se calzó sus botas de siete leguas y se puso en marcha, ligero como una exhalación, y, a fuerza de correr y husmear por todas partes, casi llegó a alcanzar a los muchachos, los cuales se hallaban ya a poca distancia de la choza de su padre. Mientras éstos caminaban muertos de miedo, vieron al ogro correr de montaña en montaña y atravesar los ríos de un solo paso con la misma facilidad que si fueran estrechos arroyuelos. Pulgarcito distinguió entonces una gruta abierta en la roca y se escondió en ella con sus hermanitos, sin dejar de atisbar por una hendidura los movimientos del ogro. Este, que se hallaba muy cansado de tantas leguas como había corrido en pocos minutos, quiso descansar un rato y, por casualidad, fué a recostarse en la misma roca donde estaban escondidos los fugitivos. Pronto quedó profundamente dormido. Los seis niños huyeron a la choza de su padre. Y Pulgarcito se aproximó de puntillas al ogro, le sacó las botas suavemente y se las puso acto continuo. Se fué volando a casa del ogro, donde encontró a la pobre mujer llorando junto a las cabezas de sus hijas siempre bañadas en sangre.

—Señora — le dijo Pulgarcito—, su marido de usted está en grave peligro, porque ha caído en poder de una banda de ladrones, los cuales han jurado matarle si no les da todo el dinero que posee. En el momento en que iban a degollarle, me descubrió a lo lejos y me dijo: "Mira, hazme el favor de ir a mi casa y dile a mi mujer la situación en que me encuentro; que te dé el dinero que haya en casa, porque si no, estos bandidos me degollarán sin misericordia." Como la cosa era muy urgente, me dió sus botas de siete leguas para que llegase más pronto, y aquí están en prueba de que no miento.

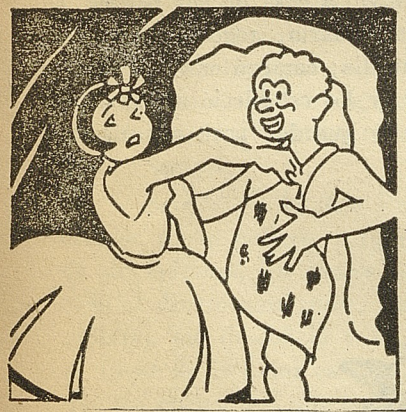
Asustada la pobre mujer con semejante noticia, dió a Pulgarcito cuantas riquezas había en casa. El niño cargó con ellas y volvió a la choza de su padre, donde le recibieron con la alegría que es de suponer.

Después, Pulgarcito se puso las botas de siete leguas y tomó el camino de la corte, donde se hallaban en gran zozobra por el éxito de una batalla que debía dar un ejército enviado a lejanos países, y de cuya suerte no sabían ni una palabra. Una mañana, Pulgarcito se presentó al rey y le dijo que, si deseaba tener noticias del ejército, él podría traerlas antes que llegase la noche. El rey le ofreció gran cantidad de dinero si cumplía su promesa, y Pulgarcito fué y vino en el mismo día, según lo había prometido. Fué recibido a los acordes de la charanga real. Después de este primer viaje empezó a ganar dinero, y llegó a ser muy rico. Siguió Pulgarcito desempeñando por espacio de algunos años el oficio de correo, y, al fin, volvió a casa de sus padres, en la cual le recibieron con extraordinario regocijo. Entonces pensó en el bienestar de la familia; compró casas y tierras para su padre y sus hermanos, y los estableció a todos perfectamente, sin dejar por eso de guardar para sí una brillante posición.

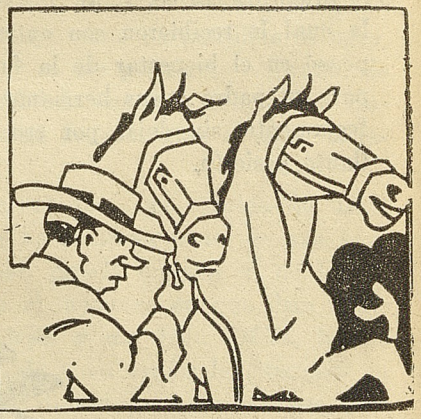
1.—En cuanto la Princesa de los Diamantes se encontró en la cueva de los bandidos, gritó desesperadamente.



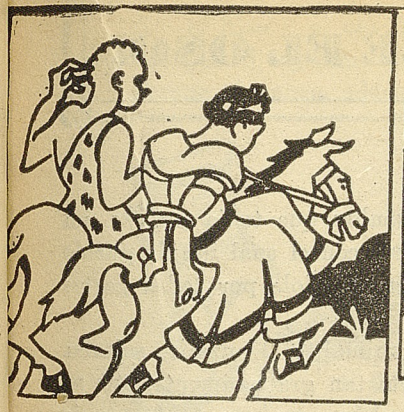
2.—Puño de Hierro soltó una estruendosa carcajada y la dejó sola con Tarzán, que se burló de ella cruelmente.



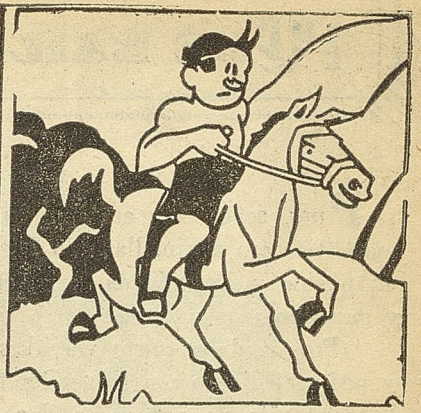
3.—La Princesa lo golpeó con ambas manos en el pecho; pero Tarzán se rió mucho de su cólera y su pena.



4.—Puño de Hierro, mientras tanto, preparó dos caballos, para que Tarzán se fuera más lejos con la prisionera.

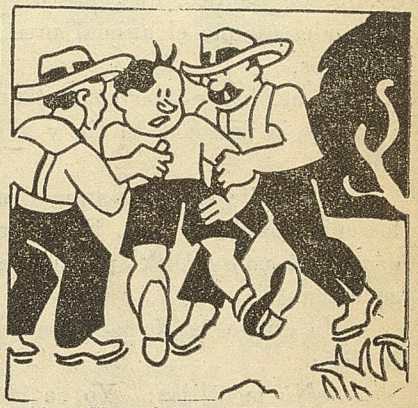


—Poco después, Tarzán partía on rumbo desconocido. La Prinesa iba amarrada en su caba-lo.



6.—Pero Chascón no se había quedado cruzado de brazos. Después de estudiarlo bien, partió a la montaña.

—Uno de los partidarios de Pu-o de Hierro lo vió venir y dió a alarma. Entonces los bando-eros se prepararon.



8.—Chascón sintió de repente que varios hombres lo asaltaban por la espalda y lo amarraban duramente, después de hacerlo caer del caballo.

¿También Chascón va a desaparecer? ¡Qué horrible serial!

¡QUE BAILE EL OSO!

Pues señor este era un hombre que tenía un oso, un magnífico oso negro, llamado *Dick*, con el cual iba de pueblo en pueblo y de feria en feria, enseñándole por todas partes y ganando muchos pesos.

Porque daba gusto ver al animalito. Danzaba, saltaba y pedía el dinero con la pandereta tan graciosamente, que no había forma de negarse a dar el socorro con tanta gracia pedido...

Tal era el cúmulo de monerías que realizaba ante el asombrado público, que éste hacía llover las monedas sobre la pandereta que el animal presentaba después de hacer sus ejercicios.

El hombre estaba contentísimo y cuidaba a Dick como a su propia persona. Al fin y al cabo era el sostén de la familia.

Cierto día el pobre animal enfermó y murió, a pesar de los cuidados de su amo. Este lloró amargamente sobre el cadáver del pobre Dick, porque aquella muerte representaba su ruina.

Un criado del domador se acercó a su atribulado amo, y le dijo:

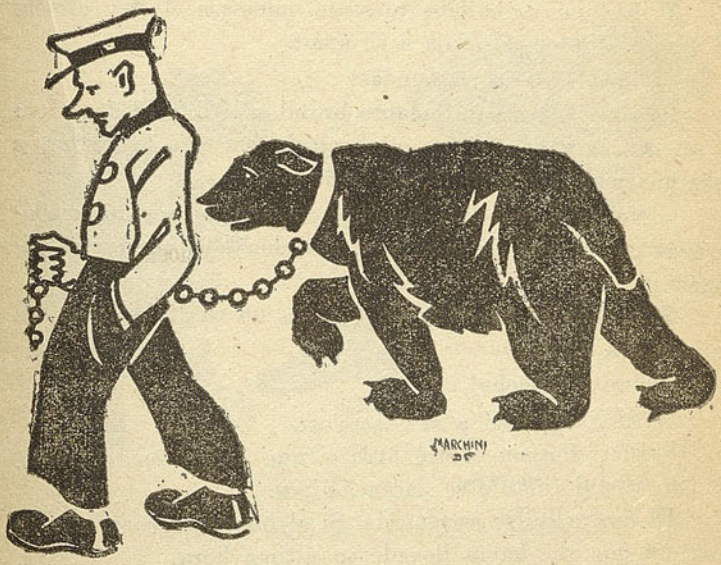
—No te aflijas: Yo he ideado un medio de que sigas ganando dinero como hasta aquí.

—¿Cómo? — preguntó entre sollozos el domador.

—Manda que desuellen al oso, que curtan su piel, y yo me la pondré de manera que no se me distinga de un oso verdadero.

Así se hizo y el oso falsificado encantó a la gente mucho más que el legítimo.

Porque el nuevo, además de danzar y saltar como aquél



Tenía un oso negro que era una maravilla.

conocía la moneda, saludaba graciosamente al que echaba diez centavos en la bandeja, se inclinaba con respeto ante el que echaba veinte, y se arrodillaba ante el generoso donante cuando el regalo pasaba de esa suma.

Y así recorrió nuestro hombre, con su oso de mentirijillas casi todo Chile, hasta que por males de sus pecados quiso su desdicha que fuera a dar con sus huesos a Túnez.

El Bey, que es el jefe de aquella región, era un aficionado a osos. Puede juzgarse de su alegría al ver que podía apoderarse de tan precioso e inteligente animal.

Llamó al domador y le ofreció una fuerte suma por el oso. El hombre como era natural, se resistía a vender a su criado.

Y éste que se hallaba presente, mientras el Bey ofrecía el dinero, dijo en voz baja a su amo:

—¡Por Dios, no me vendas!

Pero el Bey era un hombre brutal y le dijo al domador:

—O me vendes el oso o me quedo con él a la fuerza, y mando que te degüellen ahora mismo.

—No hubo remedio; el pobre domador se separó con lágrimas en los ojos de su criado, abandonándolo a graves peligros.

Si el Bey se enteraba de que era un oso falsificado, su muerte era cierta.

¡Pobre muchacho!

El Monarca dijo a sus lacayos:

—Llevadle con el oso blanco que tengo en el patio. Quiero ver si riñen o se hacen amigos.

El oso negro se estremeció. Si el blanco se convencía de que era hombre, había llegado su última hora.

Por eso, al entrar en la jaula, se arrimó cuanto pudo a los hierros, esperando pasar inadvertido. ¡Empeño inútil! El oso blanco se levantó en cuanto vió al recién venido, y se abrazó con él.

Viéndose en el último extremo, el oso falso echó mano de toda su energía, y, haciendo grandes esfuerzos, consiguió derribar a su rival. En el momento de darle un puñetazo en la cabeza, gritó el oso blanco:

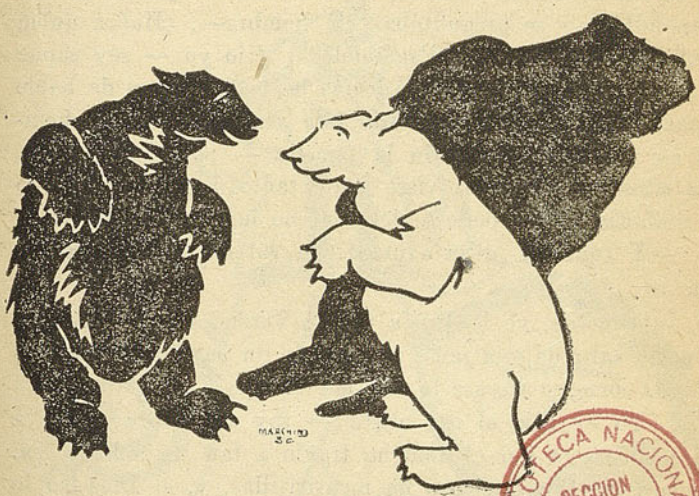
—¡Ay, Dios mío!

—¿Conque no eres oso? — preguntó en el acto, lleno de asombro el que se hacía de oso negro.

—¿Ni tú tampoco? — repuso el oso blanco.

—Sigue peleando mientras nos vean — añadió el oso blanco.

Y, en efecto, continuaron dándose manotadas, aunque



Los dos osos comenzaron a pelear.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

sin hacerse daño, hasta que se cansaron y cada cual se marchó a su jaula.

Viendo el Bey que los osos ya no combatían, se marchó con su acompañamiento y quedaron solos los dos osos fingidos. En cuanto éstos oyeron correr los cerrojos de la habitación, se quitaron las cabezas postizas y comenzaron a hablar con gran sosiego.

El oso negro preguntó a su compañero quién era y cómo había llegado a tan triste situación, a lo que respondió el oso blanco:

—Yo era un pobre cómico sin contrata, que había ya olvidado, a fuerza de no comer, para qué sirve la boca. El

día que almorzaba unos porotos se me volvían las tripas locas de gusto. Por fin, cansado de pasar hambre, acepté la proposición de cierto individuo que tenía el compromiso de vender un oso al Bey de Túnez y no tenía el oso. "¿Cómo me las compondré? — se preguntaba el hombre—. ¿Habrá quién quiera hacer el oso?" — Pagándolo — dijo yo — soy capaz de hacer hasta el elefante. Además he hecho el oso de balde tantas veces, que prefiero serlo esta vez cobrando. El hombre me dió seis pesos para la familia — por cierto, hacía diez años que no había visto junto tanto dinero—, y luego me embutió en ese pellejo, del cual no he vuelto a salir.

—Y ¿qué tal le va a usted? — interrumpió el oso negro.

—¡Hombre, yo le diré a usted! Verdad que es aburrido no poder salir de esta jaula para darse un paseíto; pero todos los días como, y váyase lo uno por lo otro.

—Yo — dijo el oso negro — soy un pobre criado a quien su afecto por el amo ha traído a tan desdichado fin. Comencé por hacer el oso de mentirijillas, y, si Dios no lo remedia, voy a morir hecho un osazo de tomo y lomo. Lo que me choca es que siendo el Bey tan aficionado a osos, no haya podido lograr todavía uno; y, como todas las fieras que compre le resulten lo mismo, va a hacer una buena colección de padres de familia.

De pronto se oyó ruido, y para no ser sorprendidos se pusieron en el acto las cabezas postizas y fingieron reñir.

Pero con la precipitación cambiaron las cabezas, y el oso blanco tenía la negra, y el negro la blanca.

¡Júzguese la sorpresa del Bey, que llegó en aquel instante!

Asombrado por el tremendo fenómeno, mandó llamar al

El Rey estaba asombrado de lo que veía.

domador, y éste, en cuanto vió lo ocurrido, se explicó claramente el engaño.

—Tan oso es el blanco como el negro — se dijo.

—¡Vamos! — exclamó el Bey—. Explíqueme esta rareza jamás vista por nadie. ¿Cómo es posible que en breve espacio de dos horas se haya verificado tan descomunal transformación?

—¡Ah, señor!—dijo, doblando la rodilla, el domador—. Sepa tu sabiduría que la causa de todo esto es muy clara y comprensible. Mi oso, no acostumbrado a la lucha, ha tenido tal temor, que ha encanecido de repente, como les suele acontecer a algunos reos de muerte la víspera de su ejecución.

—Lo del tuyo me lo explico — contestó el Bey, después de una breve pausa—; pero lo que no comprendo es que encanezca el oso blanco poniéndosele negra la cabeza.

—Pero, señor, ¿no sabéis que las canas de los osos blancos son negras? Si así no fuera, no se les conocerían.

Maravillado y suspenso quedó el Bey durante un buen espacio, hasta que, después de reflexionar, dijo:

—Me conformo con tu explicación; pero que degüellen a los osos, y así nos convenceremos de que cada cual tiene su cabeza.

Entonces, aterrado el domador, se echó a las plantas del Bey, y los osos se quitaron las cabezas postizas, demandando perdón.

El Bey, compadecido de sus desventuras, y conociendo que la culpa del engaño la había tenido él mismo, perdonó a los fingidos osos, y además les regaló mucho dinero, mandando que en los reales archivos se hiciera constar aquella peregrina aventura..

Desde entonces el Bey cree a pie juntillas que no hay osos verdaderos en el mundo, y en cuanto ve uno de esos animalitos le dice al oído:

—En confianza, ¿cómo te llamas?

EL FANTASMA QUISCOSO

Por J. CHRISTIEM.

El fantasma Quiscoso fracasa una vez más en su empeño de asustar a la gente.

LO MEJOR, LO MAS NOVEDOSO Y LO MAS VARIADO, EN JUGUETES NACIONALES Y EXTRANJEROS.

Los papás encontrarán lo que necesitan, y los niños lo que desean

A. JACOB Y CIA

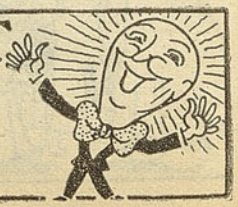
Sucesores de Burmeister & Cia

AHUMADA 23 - SANTIAGO

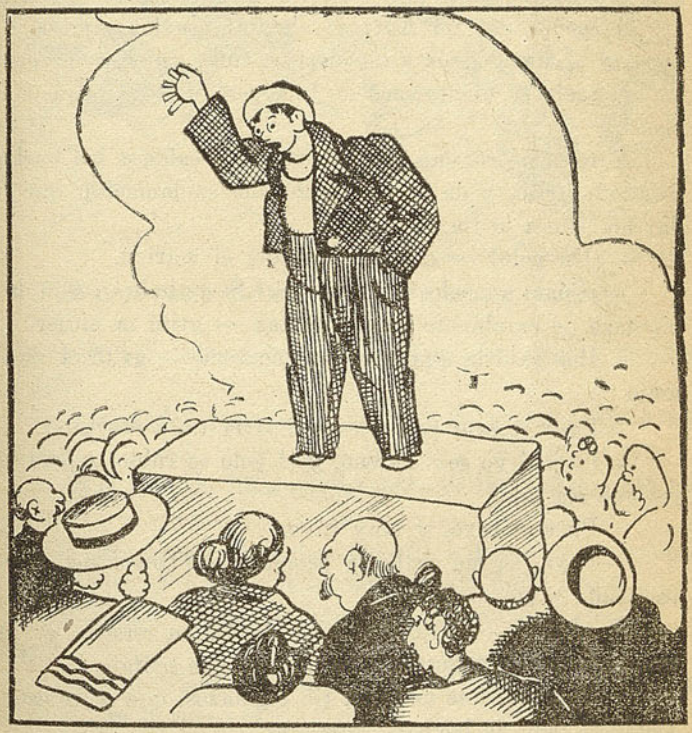
PLAZA ANIBAL PINTO - VALPARAISO

LUCERITO WATT

dice: que el concurso consiste en indicar la intensidad de luz eléctrica que necesita cada pieza



POR UN PELO



El comerciante reunió a todo el pueblo.

Al sur de Chile hay un pueblecito a las orillas del mar. En la época de mi cuento lo componían quince o veinte casuchas de pescadores. El único edificio regular era una igle-

sia, la cual no pasaba de la categoría de ermita.

En una de aquellas casuchas vivía un matrimonio no muy bien avenido. El era de genio áspero, y ella testaruda y terca

Cierto día en que el marido volvía de su trabajo, Francisca, que tal era el nombre de la mujer, puso sobre la mesa una sopa de ajo que olía a gloria, y que por el olfato alegró el cuerpo del tío Antonio. Sentáronse los esposos a la mesa, y el marido, con aire solemne, como quién se prepara a un banquete suculento sacó de la sopera una no pequeña cuchara.

Miró cómo corrían por la superficie caldosa las burbujas de aceite frito, y de pronto lanzó una exclamación que hizo dar un bote a la tía Francisca.

—¡Un pelo! — dijo, enfurecido, el marido.

—¿Cómo un pelo, mala sombra? Se te habrá caído de ese bigotazo de carabinero que te gastas — gritó la mujer.

—Más valdría que te calles, picarona — gritó el tío Antonio.

—Pues el pelo es tuyo — dijo la tía Francisca.

—Pues si yo soy moreno, y el pelo es rubio, ¿cómo quieres que sea mío?

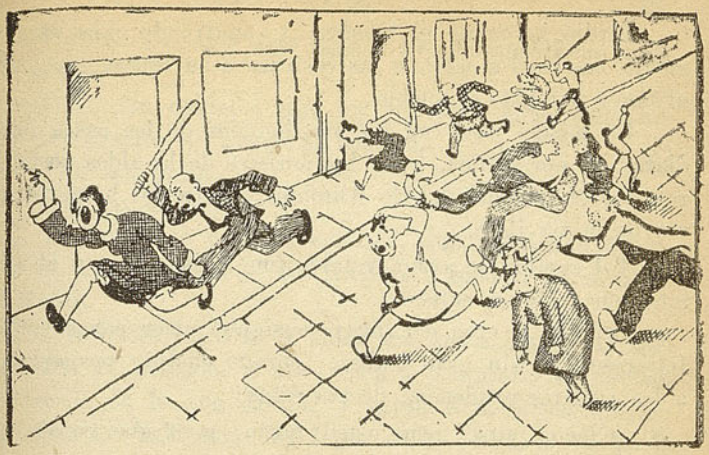
—Pues es tuyo, y muy tuyo.

—Vaya, se me acabó la paciencia. ¡Toma, por terca y testaruda y por cochina!

Y al decir esto tío Antonio blandió su estaca y arreó unos cuantos linternazos a su esposa, que gritaba:

—Pues no; que es tuyo, tío bigotazos, que se te está cayendo el pelo de borracho que eres.

Enarbolando de nuevo el garrote propinó el tío Antonio a su esposa una lluvia de golpes que sonaba como una imponente granizada. La tía Francisca, huyendo de aquella nube, salió a la calle dando alaridos, y detrás de ella marchaba el tío dándola cada estacazo que encendía yesca, paseando



Fué una pelea general entre hombres y mujeres.

a su mujer por todo el pueblo, ella erre que erra, y él dale que dale.

La mujer del almacenero que oyó la gresca, dijo a su marido:

—¿Has visto la infamia que hace el tío Antonio con su esposa?

—Y ella ¿por qué es tan terca? — dijo el almacenero.

—Porque el pelo es de su marido, sin duda alguna.

—Mira que te voy a golpear. Ten quieta la lengua importa.

—Todos los hombres son iguales. El pelo es de él, y tan criminal eres tú como el tío Antonio.

—Mira que te voy a golpear. Ten kuieta la lengua.

—¡De él, de él! — exclamó irritada la almacenera.

—¡De ella! — gritó el almacenero.

—¡Pues sí!

—¡Pues no!

Perdió la calma el hombre, y, agarrando una vara de medir, comenzó a molerle las costillas a su esposa, que salió gritando por todo el pueblo.

Lo mismo pasó con los matrimonios de las casas inmediatas, y, por último, todas las mujeres de la aldea sostuvieron que el pelo era del tío Antonio, y todos los hombres que era de la tía Paca.

Tal zambra se armó, y tales fueron la gresca y el alboroto, que nadie se entendía.

Por fin, el cura del lugar consiguió poner paz entre sus feligreses, no sin gran trabajo; porque cuando recomendaba a las mujeres prudencia, decían éstas:

—Señor cura, tiene usted razón; pero que conste que era de él.

Al cabo volvió el matrimonio a su casa; y, cuando se curaron los chichones de la jornada, nadie volvió a acordarse de lo sucedido.

Pasó así un año en la mayor de las calmas, hasta que llegó un día en que ocurrió lo siguiente:

Sentábase a la mesa el tío Antonio y su mujer, cuando dijo ésta:

—¿A que no sabes de qué me estoy acordando?

—Tú dirás, Paca.

—De que hace justamente un año, tal día como hoy, comimos sopa de ajo, y...

—Sí; y encontré un pelo — interrumpió el tío Antonio.

—Por cierto, tuyo — añadió la tía Paca.

—Pero ¿aún no te has convencido de que era tuyo? ¿Tengo yo en mi bigote pelos de dos palmos?

—Los tendrás como quieras, pero el pelo era tuyo.

—Vaya, que quieres que me siente mal el almuerzo. Come y calla, y se acabó.

—Pero si era tuyo, ¿por qué lo has de negar? — insistió la mujer.

—Paca, ten cuidado, que ya me estás aburriendo extraordinariamente — gruñó el hombre.

—Pues era tuyo.

—Pues no era mío.

Y tan agria se puso la cuestión, que, volviendo a empuñar la vara, comenzó el tío Antonio a sacudir de lo lindo a su mujer.

Por entonces llegó a la aldea un joven muy listo que comerciaba en pescado, y que venía a comprarle al pueblo. Enterárónle de lo que pasaba, y entonces el joven congregó a todos los habitantes del lugar en la plaza, y les habló de esta manera:

—Sé que por la aparición de un pelo en unas sopas de ajo habéis perdido la paz de la familia, y yo quiero que la recobréis. La causa del disgusto es no saber a ciencia cierta si el pelo era del tío Antonio o de la tía Paca.

—¡Era del tío Antonio! — gritaron las mujeres.

—¡Callad, os digo! — exclamó el comerciante—. No era de él.

—¿Lo véis? — dijeron ellos.

—Pero tampoco era de ella — añadió el orador.

—Pues ¿de quién era entonces?

—Era mío, que me estaba recortando la barba junto a la ventana de la cocina mientras la tía Francisca guisaba aquella célebre sopa que tanto ruido y tantísimas descalabraduras ha causado.

EL CONCURSO de CHASCON

CHASCON invita a todos sus lectores a participar en su Concurso. Ya hemos dicho de qué se trata. Lo repetiremos ahora, brevemente:

CHASCON publica, todas las semanas, un cuadro numerado, que se llama "Página del Concurso". Los lectores tienen que colorarlo y enviarlo en seguida con su nombre y dirección a REVISTA CHASCON — **Casilla 63-D.**

Aparecerán 16 de estos cuadros. Se darán buenos premios. La lista de premiados se publicará en el número del 23 de septiembre.

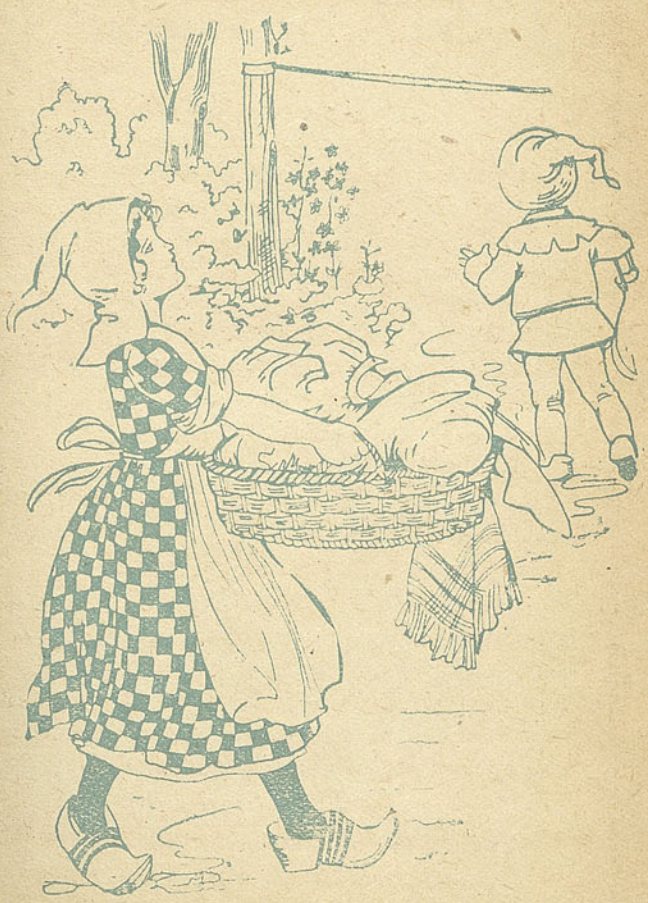
El Primer Premio consiste en una hermosa bicicleta que se exhibe en las vidrieras de la Editorial Ercilla (Agustinas 1639). Obtendrá este premio el que colore mejor los 16 cuadros.

Habrá más de 100 premios muy interesantes para los que hayan colorado un poco menos bien estos cuadros del concurso, como asimismo para los que no envíen sino algunos. A estos últimos concursantes se les exigirá que sea excelente la coloración de los cuadros que envíen.

Póngase, pues, al trabajo y trate de ser el que mejor colore los 16 cuadros de la Página del Concurso.

PAGINA DEL CONCURSO

(CUADRO N.o 14)



Pinte este cuadro y envíelo con su nombre y dirección a esta revista.

. . . mi abuelito tiene la culpa de que te duela la vista, porque no te hizo estudiar con buena luz cuando eras chico . . .

YO NO QUIERO QUE ME PASE LO MISMO!

Tienes razón, hijito; pediré a la

CIA. CHILENA DE ELECTRICIDAD LTDA.

un estudio de la intensidad luminosa que se debe emplear en nuestro hogar.

Imp. Ercilla